



Por LUCIO FUNES

UN CAPÍTULO DE *EPISODIOS Y ANÉCDOTAS*

El primer bandido cuyano

El historiador mendocino relata una situación ocurrida en el origen del bandolerismo local. El texto es del libro *Mendoza pulsada por sus hijos*, de Pedro C. Corvetto

Corría el año 1816.

San Martín finalizaba los detalles de su inmortal expedición libertadora. Una ocurrencia fastidiosa llegó a distraerlo hacia sucesos de orden muy distinto y secundario.

Desde hacía tiempo, la población de los departamentos cercanos, como los arrabales de la ciudad de Mendoza, eran víctimas de las tropelías de una banda de forajidos bien armada y pertrechada, cuya audacia llegaba hasta provocar y correr a la policía, que se declaró impotente para contener o castigar sus depravaciones.

En vano las partidas llamadas a combatir a estos sujetos se reforzaban con soldados de línea, que afrontaban con valor las provocaciones de la banda armada. Al verse comprometidos en una acción que podría serles desventajosa, los bandidos, bien montados, evolucionaban militarmente y desaparecían de la vista de sus perseguidores.

Era el jefe de esta singular partida el *Ollero*, un sujeto vigoroso y fornido, de facciones hoscas, regular estatura, frente deprimida, nariz ancha y roma, pelo negro y ensortijado caído en grandes mechones sobre su rostro repugnante.

Hijo de una esclava, tan pronto tuvo el vigor necesario campeó por sus respetos, independizándose de sus amos, las primeras víctimas de sus tropelías. Nadie conoció su nombre. Tal vez llevara el apellido de sus amos, como era de uso. Hemos alcanzado a conocer de niños algunos Funes incluidos en la hijuela hereditaria de nuestros padres, hijos de esclavos de la casa, que después han difundido el apellido en vastas proporciones.

Quizá por aquello de que "no tiene abuelos el valiente...", o hubo quien se preocupara de conocer el abolengo de tan temido personaje, bautizado por la fantasía popular con el mote *El Ollero*, tal vez aludiendo a su primitivo oficio de fabricante de ollas de barro, tan usuales en esos tiempos.

La campaña entera temblaba ante las correrías de su banda. Su paso por las poblaciones sin amparo se caracterizaba por violaciones y crímenes fuera de toda sanción penal.

Nadie intentaba oponerse a sus brutales designios, pues el terror que ejercía sobre los sencillos habitantes lo ponían al abrigo de toda delación.

Inútil resultaba que el propio San Martín, como Intendente de Cuyo, pusiese precio a la cabeza del bandido tentando la codicia de algún audaz que se aventurara a entregarlo. Lejos de amilanarse por el bando, *El Ollero* redobló su audacia al punto de poner en fuga, tres reñidos combates, a las fuertes partidas que intentaban capturarlo, con lo cual su fama de gaucho malo y valiente adquirió extraordinarias proporciones.

Es sabida la aureola de prestigio que con el elemento popular y analfabeto rodea al hombre colocado fuera de la ley, cuando logra escapar airoso de los tentáculos de la justicia; encarna el sentimiento de la rebelión de las razas aboríge-



Escena campesina, de Mauricio Rugendas.

nes contra los conquistadores que los diezmaron con sus tributos y crueldades.

Por otra parte, sus numerosos espías lo tenían al *Ollero* al tanto de las fuerzas destacadas en su seguimiento, de modo que, cuando se encontraba en condiciones inferiores, desaparecía con los suyos como si la tierra los hubiera tragado, resultando estériles las pesquisas para descubrir su guarida.

Como estos ardides colocaron a la autoridad en situación por demás desairada, se recurrió a la estrategia, se orilló la dificultad, buscándole "la vuelta", como dicen los gauchos cuando es aventurado o peligroso marchar por el camino directo.

Raro es el hombre perseguido por la justicia que no flaquea por el lado de las faldas: la pasión está reñida con el cuatrismo. Por ello, con sagaz criterio, se pensó que, posiblemente, el bandido debía tener alguna dama amiga con quien compartiría el fruto de sus rapiñas y crímenes, y después de muchas averiguaciones, se dio con una airosa china que confesó, sin mayores rodeos y hasta con orgullo, ser su amante predilecta.

A este respecto y como espécimen notable de psicología, es fama existía en San Luis -la época no viene al caso- un viejo juez, pariente mío, según referencias, hombre parco en palabras, y de profundo estudio del corazón humano, que atribuía la mayoría de los delitos de su jurisdicción a la influencia de alguna pollera.

Toda vez que se le llevaba una denuncia, de-

cía solemnemente, sin tomarse el trabajo de averiguar los detalles:

-Traígamela...

-¡Pero señor! Si no hay ninguna mujer de por medio -le decían sus auxiliares.

-Traígamela... -repetía el tesonero viejo. Ya fin de cuenta, solía salirse con la suya, pues casi siempre aparecía alguna mujer envuelta en el asunto, por mangas o por faldas.

Así como no hay animal cimarrón que tarde o temprano caiga al agua, donde no tarda en ser apresado, así también raro es el sujeto perseguido por la justicia que no termine por caer en redes.

Fue la suerte de *El Ollero*. En la imposibilidad de atraparlo por la fuerza, se recurrió a la vía diplomática. No faltó otro amigo de la china que, de acuerdo con ella y la policía, armase una descomunal farra con chicha y anisado a discreción, a la que concurrió lo más selecto del elemento maleante.

El Ollero y su banda no podían faltar a una fiesta de esta naturaleza y a los primeros compases de una cueca entusiasta, cantada por hábiles diletantes chilenos que, a cada copa, redoblaban sus ardores filarmónicos, el bandido se lanzó a lucir sus habilidades.

Cuando el baile hubo llegado a su apogeo, y se había hecho descomunal la borrachera, se presentó la policía. Los bandidos, aunque beodos, no habían perdido del todo el instinto de conservación y sostuvieron un reñido encuentro, que-

dando varios fuera de combate.

El Ollero cayó vencido en la emboscada. Días después, con arreglo a las leyes españolas aún vigentes, fue sentenciado a pena de muerte y a que su cuerpo -previa exposición, colgado de la horca durante varios días- fuese descuartizado y sus miembros exhibidos en los principales centros de sus hazañas.

Pero *El Ollero* no era hombre capaz de impresionarse por tan poca cosa. Después de oír serenamente la sentencia, rechazó con énfasis al sacerdote enviado por la autoridad a prestarle sus auxilios espirituales.

-¡Qué auxilio ni que diablos! -exclamaba irritado ante la insistencia del sacerdote que pretendía absolverlo.

-Si tuviese a mano el trabuco, ya les daría confesión hasta su último momento a los representantes de los poderes espirituales y terrenales.

Al encaminarse al lugar en que debía cumplirse la sentencia -la actual plaza Pedro del Castillo- tropezó con la pobre esclava que le había dado el ser, quien arrodillada en medio de la calle imploraba por que Dios diese a su hijo valor y resignación en su última hora.

Al verla el reo, se detuvo y sacándose el chaleco que llevaba -fruto tal vez de algún crimen- exclamó, sin inmutarse:

-Tome, mama, esa prenda, para que se acuerde de su hijo.

Así murió el primer bandido mendocino.